

C. 1/14
B A S E S

PARA LA

REGENERACIÓN DE LA MARINA

DISCURSO

LEÍDO EN EL ATENEO DE MADRID

POR EL

TENIENTE DE NAVÍO RETIRADO

SEÑOR DON

BERNARDO G. VERDUGO Y MEDIAVILLA

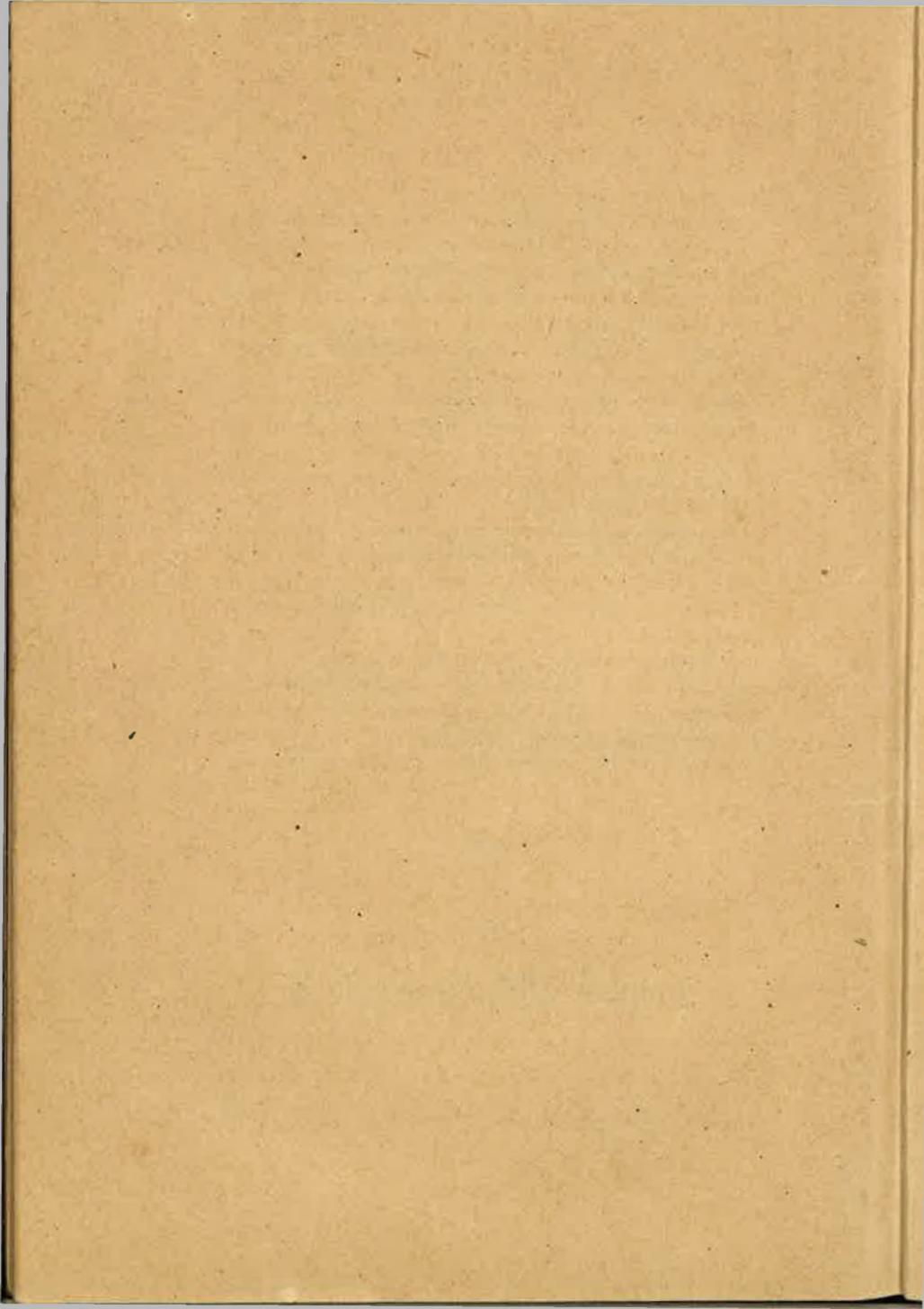
JUNIO, 1902

MADRID

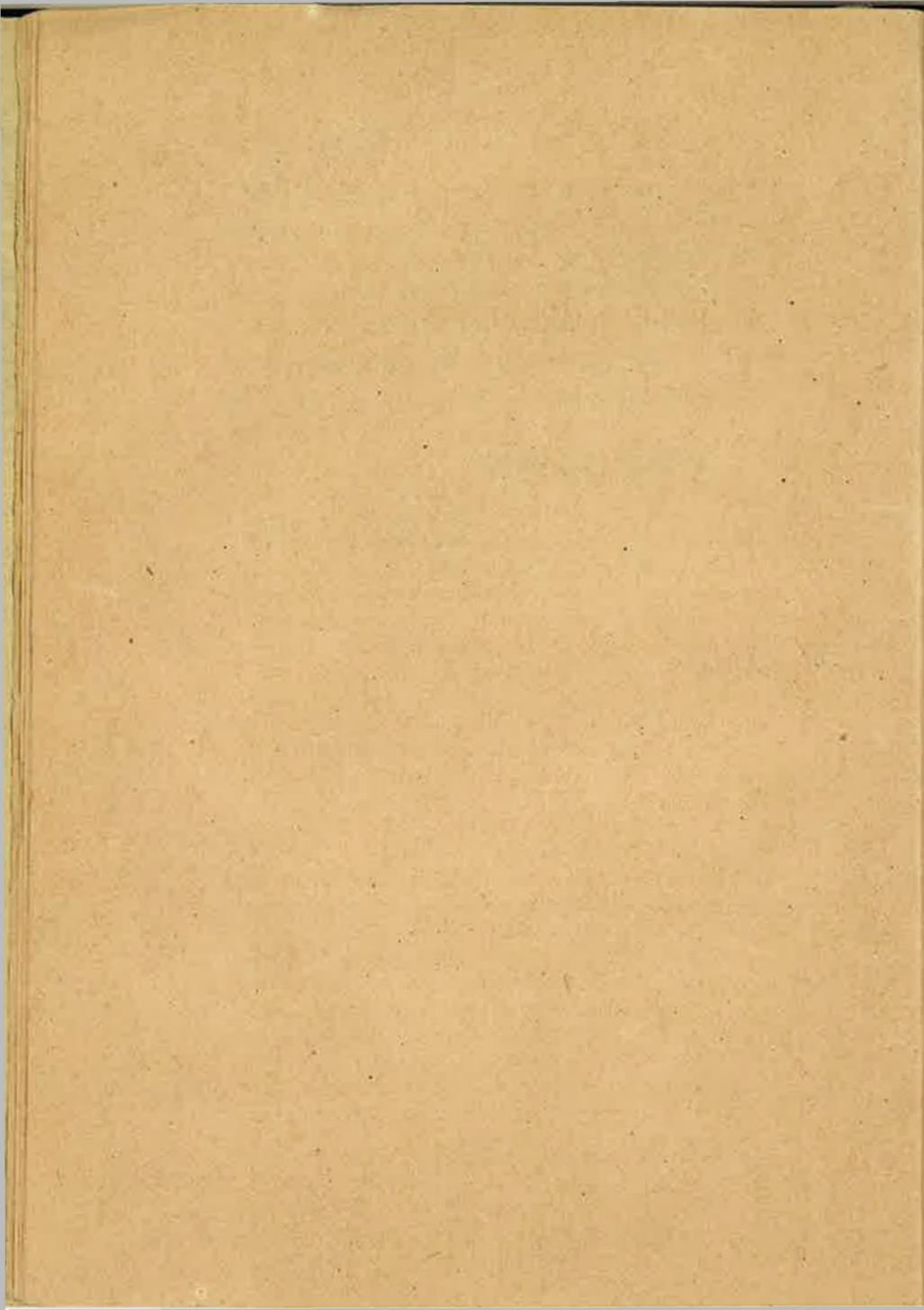
M. ROMERO, IMPRESOR.—LIBERTAD, 31

TELÉFONO 875

1902



Bases para la regeneración de la Marina



DISCURSO

LEÍDO EN EL ATENEO DE MADRID

POR EL

TENIENTE DE NAVÍO RETIRADO

SEÑOR DON

BERNARDO G. VERDUGO Y MEDIAVILLA

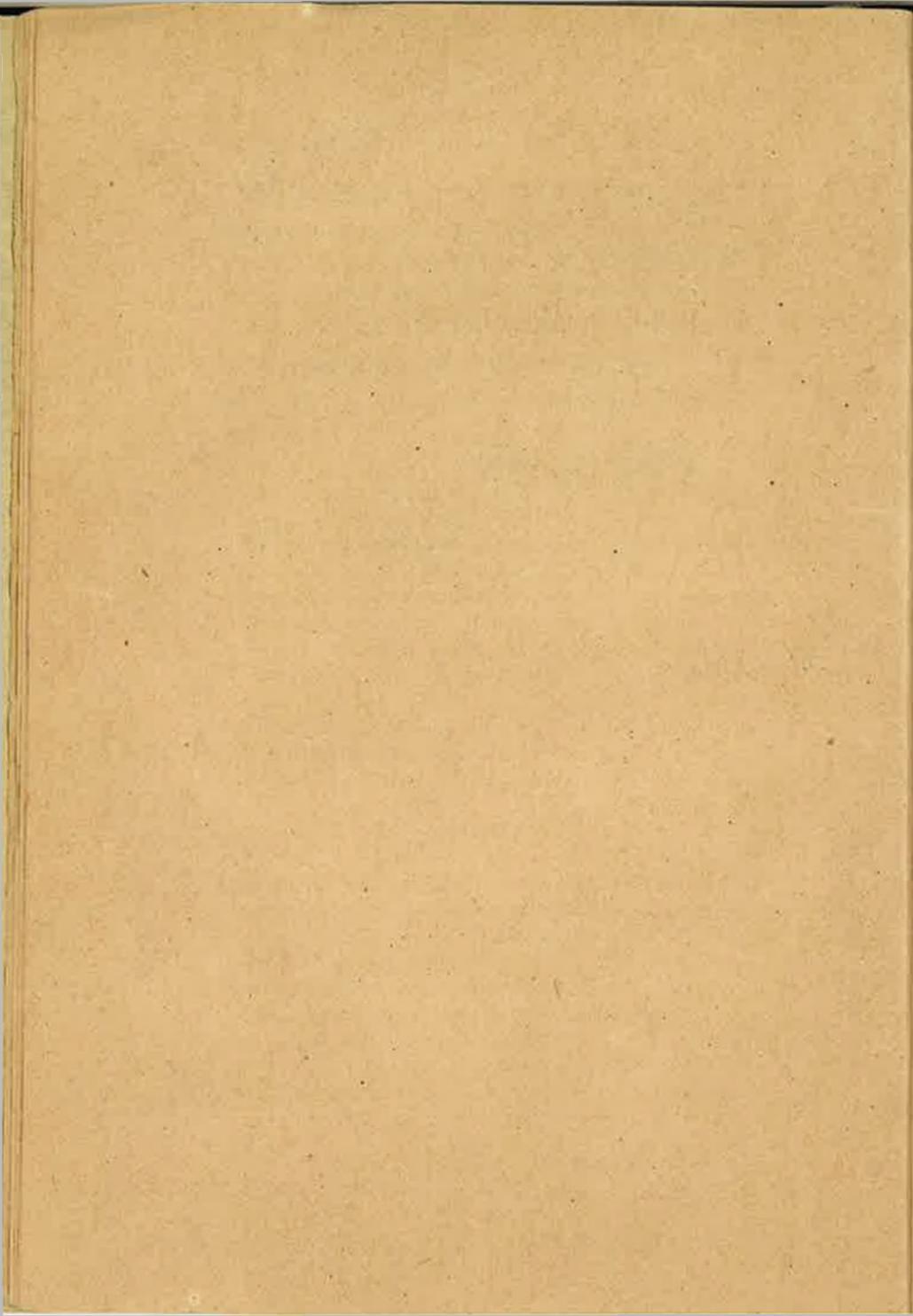
JUNIO, 1902

MADRID

M. ROMERO, IMPRESOR.—LIBERTAD, 31

TELÉFONO 875

1902



SEÑORES:

Antes de dar lectura á estos desaliñados apuntes, dirijo mi más cordial saludo á todos los que me honran con su atención.

Cumplido este deber, el respeto que todos me inspiráis obligame á manifestar el por qué, á pesar de mi escasa práctica en este género de actos, no he vacilado en ocupar este puesto, aceptando un turno en la información.

La Liga Marítima, nacida en este lugar, entró en el mundo social envuelta en nobilísimos pañales, exuberante de elementos poderosos, reconocida competencia y objetivos muy laudables; y aun teniendo que luchar con el estado de ánimo general en el país, cuya opinión se hallaba desfavorablemente prevenida para cuanto tenía relación con la Marina, ha conseguido reaccionar aquella opinión en sentido más favorable, cuenta con la adhesión de los principales elementos nacionales en todos los ramos del saber humano, y hoy, en plena virilidad, está reconocida como apreciable compañera por todas sus congéneres y antecesoras. Cuenta, además, con sus órganos, oficial y de propaganda, en la Prensa; ejerce una influencia directa y efectiva en los problemas marítimos de actualidad, y prepara soluciones para que nuestro porvenir no continúe estando al nivel del pasado de las demás naciones marítimas. Es, pues, deber ineludible para todos los que se han dedicado á la dura profesión de marino acudir al llamamiento que la Liga hace, contribuir con lo que ofrecer puedan, aun cuando, como en el caso

presente, se reduzca á la práctica y experiencia adquiridas durante la mayor parte de una vida, ó influir en algo para lograr el éxito que la Junta se propone:

La pasada grandeza castellana; nuestros descubrimientos desde el tiempo de los inmortales navegantes Colón y Magallanes; la adjudicación del continente americano entre España y Portugal, que hoy no disponen allí ni de un mísero peñasco en donde arbolan sus banderas, siquiera como recuerdo del antiguo dominio; los viajes de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*; los de la *Villa de Bilbao* y *Numancia*; las rotas de Trafalgar y Santiago de Cuba, y multitud de hechos que podíamos citar, pertenecen ya á la historia y bien sabéis cuán diversas etapas marcaron y la influencia que tuvieron en las vicisitudes de nuestro poder naval, durante los pasados siglos. Pero ni los triunfos alcanzados ni las derrotas sufridas... es decir, ni las situaciones prósperas ni las adversas que hemos atravesado, nos han servido de provecho ni de lección, para librarnos de los descabros en que han venido á terminar aquellas grandezas nuestras.

El elemento conquistador de nuestras colonias, estaba compuesto de un abigarrado conjunto de presuntos gobernantes, que desconocían el país que debían gobernar; auxiliados por fuerzas heterogéneas, en las que los soldados estaban en minoría, componiéndose el resto de aventureros de todas clases: nobles, plebeyos, intrigantes ó gente vaga, elemento perturbador, primera semilla filibustera que la madre Patria enviaba á las colonias, y que por no perder la costumbre siguió enviando mientras hubo dónde.

Nosotros, una vez en posesión de cualquier región do aquéllas, la dotábamos del contingente encargado de cristianizarla; y éste y el de los aventureros, que contribuían

generosamente á tan buena obra, y á arcabuzazo limpio se encargaban de derribar ídolos, fueran ó no de oro; pero ensañándose más con estos últimos del vil aunque hermoso metal, terminaban sus faenas, no siempre exentas de quiebras, y á renglón seguido se consideraba aquel país como sometido y como salvadas las almas de aquellos diezmadados habitantes. Nuestro sistema de gobierno colonial, que siempre fué combatido por los extranjeros, se fué sosteniendo hasta que recibió el golpe mortal en el continente por las malas artes de los parientes reconocidos de aquellos que, á postrera hora, dieron el de gracia á las últimas islas que nos quedaban; y tras largas y sangrientas guerras por ellos alimentadas, vino á tener por epílogo la pérdida de nuestras últimas colonias y la ruina de la metrópoli. Podemos, sí, morir tranquilos por haber cumplido nuestra misión civilizadora concienzudamente y dejado dignos sucesores para proseguirla. La guerra fratricida entre Colombia y Venezuela acredita sobradamente la exactitud de mi aserto, y si no, ahí están *Chile y la Argentina*, que han estado á punto de comprobarlo. En cambio, el sistema de colonización de los extranjeros, opuesto por completo al nuestro, ha dado, como es natural, resultados muy distintos de los obtenidos por nosotros.

Los extranjeros empezaron á enviar misiones por las cinco partes del mundo para cristianizar países no civilizados; y aquellos habitantes, incluso los caribes, que de vez en cuando festejaban sus estómagos con carnes europeas, escuchando aquellas enseñanzas, tenían ya nociones del poder civilizador al tiempo que empezaban las funciones del filibusterismo y la dominación efectiva del país invadido, el cual obtenía una ilusoria protección á costa de su libertad.

Como aún subsisten aquellas colonias, con sus filibuste-

ros y todo, no sabemos si el sistema que les dió vida podrá tener el mismo epílogo que el nuestro; pero si tal sucediera... ó el mal se halla aún en germen, ó hay que conceder que con el sistema descrito no ha de llegar á desarrollarse. Las colonias extranjeras subsisten, y sus metrópolis les han concedido leyes autonómicas, pero han apretado los vínculos de unión, que retienen á las primeras dentro de su imperio.

Nosotros fuimos los primeros importadores de productos del Nuevo Mundo en Europa y con ellos nos enriquecimos. Nuestros enemigos se fueron apoderando de aquel comercio y con él se han hecho muy poderosos y han ocasionado nuestra pobreza. Así, parodiando los célebres disticos del gran poeta romano—*Sic vos, non vobis*,—podemos aseverar que *nosotros, españoles, descubrimos el Nuevo Mundo y no para nosotros*.

El anterior paralelo entre ambos sistemas colonizadores, manoseado, si se quiere, pero de todo punto sincero, demuestra claramente: que los errores cometidos desde tiempo inmemorial hasta hoy, tanto en sentido gubernativo como en el político y administrativo, son la causa determinante de nuestra actual decadencia é insignificancia. Esos mismos errores, recrudescidos más y más, llegarán á consumir la obra demoleadora que tan adelantada llevan, á no aplicarles correctivos enérgicos que los destruyan para siempre.

Y dejando en paz esas influencias *muertas*, que nada han de resolver, voy ahora á hacerme cargo de las *vivas*. Ellas merecen, aun dentro de su período evolutivo, un detenido estudio; no ya por los conocimientos históricos que se pudieran utilizar, sino porque son influencias que conducen á resultados que directamente contribuyen al progreso de las

industrias marítimas, base del poderío naval en todas partes. ¿A qué circunscribirnos á España?

Asunto tan vasto no es posible tratarlo en conjunto; pero concretándolo y seccionándolo, voy á procurar poner de relieve una de las más vitales de aquellas influencias, y será de la que trataré hasta la ya próxima terminación de este escrito. Separaré las industrias de mar de las navales, porque sus campos de acción y su origen son muy distintos y ocasionados á involuciones para los profanos, y declaro únicas industrias sustantivas de mar la *Pesca* y la *Navegación*. La primera comprende la explotación de todos los productos de las aguas, y la segunda, todo lo concerniente á la navegación. Ambas industrias deben estar regidas por la misma ley en lo que les sea compatible, como sucede desde hace poco en Bélgica.

Las industrias que acabo de calificar de sustantivas no pueden ejercerse eficazmente sino por hombres que desde su niñez hayan vivido en las costas ó playas litorales, y se hayan acostumbrado á sus faenas y á los peligros del mar.

El marinero considera á la especie humana dividida en dos clases de hombres: marinos y terrestres. Sabe que él pertenece á la primera clase, y la tiene por la más sana, sufrida y maltratada de ambas, en lo cual no va del todo descaminado. Sabe que los terrestres sólo se ocupan de él y de su clase cuando, más ó menos harta de sufrir, protesta en masa, como sucedió últimamente en Galicia; pero pasados los trastornos y violencias, mándase retirar la Guardia civil, á que hubo de recurrirse para los consabidos argumentos, y se da todo por terminado.

Un ejército de marinería vive desparramado por el litoral, en puertos y playas, acéfalo desde la supresión de las ma-

trículas de mar, que, aun cuando imponían vejámenes á cambio de ilusorias ventajas y privilegios, sostenían la unidad de miras entre la gente sujeta á su jurisdicción. Dicho ejército, de hombres valientes y honrados en su mayoría, que hoy se halla abandonado, moral y materialmente, de sus jefes naturales, está supeditado á los intereses de sus opresores terrestres, que son árbitros de la subsistencia de los marineros, puesto que en sus manos la tienen. Ellos dan ó retiran el dinero con que estos infelices han de comprar el pan que dar á sus hijos. Hora es ya que esa numerosa clase, tan indispensable para la defensa de la patria cuanto útil para su progreso material, sea atendida y adquiera una protección que, aun prescindiendo de la justicia, debiera otorgársele por mero egoísmo.

Considérese que, así como el campesino es el factor principal de la agricultura, y, por lo tanto, de la producción de la tierra, así también el marinero es otro factor aún más importante, por su especialidad en las explotaciones que ofrece el mar, que, según opinión de distinguidos economistas, produce riquezas tantas como las más pingües que rendir pueda la tierra.

Véase claramente que sin marineros duchos en las rudas y varias faenas de la mar, no puede haber *pesca* ni *navegación*, y, por lo tanto, ni *poderio marítimo* en el mundo de las naciones; en una palabra... *sobrarían los mares*.

Una de las grandes zozobras de actualidad universal es la escasez de marineros del país en cada nación respectivamente, y en todas ellas se estudia el medio de conseguir el aumento de dicha clase, para que no sigan formando parte de las tripulaciones de sus buques marineros extranjeros.

En España hacemos precisamente lo contrario, y trata-

mos de implantar esa calamidad de marineros extranjeros en nuestros buques; pero los interesados en ello, con el fin de reducir sus gastos, no prevén las consecuencias que acarrearía semejante medida, que redundaría directamente en perjuicio de nuestra marinería, cuyos intereses debemos defender; y aquella medida acabaría por hacer emigrar á los marineros españoles verdaderamente útiles.

Siguiendo otro orden de ideas, hay que tener presente las tendencias y aspiraciones de las clases trabajadoras y lo expuesta que se halla la gente de mar á ceder á las no muy desinteresadas sugerencias de los compañeros terrestres que trabajan por la solidaridad universal del proletariado; peligro mucho más considerable, teniendo en cuenta que los viajes de la marinería facilitan la comunicación y trato entre marineros y terrestres en todos los puertos del mundo.

De las conexiones establecidas de hecho entre cargadores de muelle, carreteros, panaderos y fogoneros embarcados, ya hemos presenciado varias pruebas cuando tuvieron lugar las huelgas de Cádiz, y hasta casi llegó á parecernos natural la inteligencia entre las dos últimas clases de obreros, que no tienen otra analogía que la de andar inmediatos á los hornos, siquiera unos sean los de las máquinas y muy otros los de cocer el pan.

A las Ligas Marítimas todas, y á cada una de por sí, corresponde la resolución de esos problemas del personal; de los cuales depende la verdadera eficiencia de las marinas. Urge la organización previa y la adhesión incondicional y devota de cada familia, y casi pudiéramos decir tribu marinera, á su Liga correspondiente. Estas deben ya darse por avisadas con los hechos que acabo de citar; y sabido es que cuando hay imperiosa necesidad de hacer una cosa fatal-

mente indispensable, y el llamado á ello no la hace discreta y oportunamente, surge siempre un imprevisto sustituto, que la realiza á su sabor y á su no siempre justa conveniencia. [Tal es la irremisible ley], confirmada por hechos inflexibles siempre y á veces brutales.

Nosotros no hicimos nuestro deber en Cuba—pues vinieron los yankis,—y esos sí lo hicieron. Tremenda responsabilidad para quien pudiendo, no supo ó no quiso prevenir el mal cuando sólo estaba representado por una amenaza.

No era mi ánimo apartarme tanto del tema general puesto á informe; pero si al tratar de una influencia especial, ó sea la vitalísima que ejerce todo el personal en la Marina toda y en particular en las industrias de mar, esto á primera vista pudiera aparecer fuera de lugar, no por eso dejo de considerarlo bien comprendido en él, y para probarlo, presentaré ese mismo tema, que á mi juicio merece especial información, enunciándolo en los siguientes términos:

«Influencia que la Liga Marítima debe ejercer para que la familia marinera le sea adicta y constituya el más firme apoyo de la Nación en las futuras contingencias marítimas.»

Propongo, pues, ese tema, por si la respetable Junta Superior se digna tomar nota de él y llevar á la práctica los acuerdos que de su información resulten.

Por mi parte, no hago más que iniciar la idea; y doy por terminada esta modesta disertación, rogándoos de nuevo excuséis las impericias de estilo, al viejo marinero que, arrostrando vuestras justas severidades literarias, cumple tan sólo mandatos de su conciencia, con tan buena voluntad como débiles fuerzas, en defensa de los sagrados intereses

de la Patria y apura energías que, en un orden natural, están ya próximas á extinguirse; pero si vuestra benevolencia, aún tan grande, no alcanzara á tanto, conste siempre que sólo podría tranquilizarme el convencimiento del deber cumplido.

HE DICHO.



os
por
evo
que,
apie
ntad
reses

